



CAPÍTULO IV.

SU RELIGIOSIDAD.

La piedad religiosa que infundieron á Leona sus padres, no decayó en ella después de que murieron.

Las pinturas que adornaban las paredes de la casa que habitó en la calle de Don Juan Manuel, dos hechas por su mano, eran de la Virgen Madre de Dios y de Santos y de Santas, y en su pequeña biblioteca dominaban las novenas y otros impresos místicos, escogidos en su mayor parte con singular acierto, pues entre ellos figuraban las Epístolas de San Gerónimo, los Avisos de San Juan de la Cruz, las Obras de San Francisco de Sales y la Semana Espiritual por nuestro don Juan de Palafox y Mendoza. ¹ No nos consta, sin embargo, que Leona leyese estas obras, aunque debemos presumirlo.

Sí sabemos con evidencia que Leona profesaba igual devoción á Ntra. Sra. de los Remedios y á Ntra. Sra. de Guadalupe. Para poder apreciar de manera debida este curiosísimo modo de ser de

¹ A. P. Fernández de San Salvador. Razón citada.

su religiosidad, necesitamos recordar aquí las singulares historias de ambas Vírgenes.

Ntra. Sra. de los Remedios es española á no dudarlo, pues antes de que se apareciera en la Nueva España, había sido traída de la Península una imagen suya, tallada en madera y que medía «poco más de cuarta,» por un soldado de Hernán Cortés, muy probablemente Juan Rodríguez de Villafuerte, según conjetura el Maestro fray Luis de Cisneros, primer historiador de esta Virgen.¹

Es de cuerpo erguido, carga en el brazo izquierdo á su hijo y empuña un cetro en la mano derecha, levantada hasta la altura del hombro con ademán imperioso; tiene abundante cabellera rizada, que baja sobre la espalda y ambos hombros; rostro redondo, blanco y terso; frente dilatada y recta; ojos garzos, graves, de gran pupila, muy abiertos y que al mirarlos imponen; nariz adelgazada y boca severa, de labios gruesos; luce rica corona festoneada, que remata en una cruz, y viste túnica y manto suntuosamente bordados y de faldas demasiado anchas:² su actitud general es la de una soberana acostumbrada á mandar con dominio absoluto.

Hay quienes aseguren que Ntra. Sra. de los Remedios se apareció en México desde los primeros combates que libraron los españoles contra los indios; pero fray Luis de Cisneros solamente quiere hablar de su portentosa aparición verificada durante la Noche Triste, que fué la del 30 de junio de 1520, cuando los pocos españoles que lograron huir de la gran Tenochtitlan, perseguidos y destrozados por los mexicanos, llegaron hasta el cerro Totoltepec y se atrincheraron allí en el *cu* Otoncapulco y otras construcciones indígenas inmediatas. Agotados por el cansancio, las heridas, la

¹ Historia del principio, y origen progresos venidas á Mexico, y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios, extramuros de Mexico. (México.) 1621. (Escrita hacia 1616, fecha de la aprobación de la obra, ó poco antes.) Fols. 25 vto. y 35 vto.; este último aparece como 45 por errata de imprenta.

² Hemos tenido á la vista el grabado que ilustra La Milagrosa invención de un tesoro escondido en su campo; que halló un venturoso Cazique y escondió en su casa, para gozarlo á sus solas. Patente en el santuario de los Remedios en su admirable imagen de N. Señora; por el P. Francisco de Florencia. (México.) 1685; la descripción que pone Cisneros en su obra citada, fol. 35 vto., y la imagen original, que, por bondad del señor Párroco de su Santuario, don S. Garza Treviño, pudimos estudiar muy de cerca: desgraciadamente está ya un tanto desfigurada por la acción de los siglos y el exceso de adornos que le han puesto. Véase la reproducción que publicamos de esta imagen, según fotografía directa que nos hizo el inteligente artista, señor Profesor don Antonio Cortés.



IMAGEN ORIGINAL DE NTRA. SRA. DE LOS REMEDIOS, QUE SE VENERA EN SU SANTUARIO, EN EL PUEBLO DE SU NOMBRE, MUNICIPALIDAD DE SAN BARTOLO NAUCALPAN, DISTRITO DE TLALNEPANTLA, ESTADO DE MEXICO.—SEGUN FOTOGRAFIA DIRECTA TOMADA RECIENTEMENTE.

falta de alimento y la desmoralización, resistían ya muy débilmente á sus incansables perseguidores, y se habrían rendido muy pronto, seguramente, si en aquellos momentos de suprema angustia no hubiese bajado del cielo Ntra. Sra. de los Remedios, acompañada del Apóstol Santiago, á detener á los denodados indios con rayos y puñados de tierra, que les echaba á los ojos para cegarlos, mientras el aguerrido Apóstol, bien armado sobre su caballo blanco, hacía «gran matanza de ellos.»¹ Quizá se juzgue que los conquistadores eran indignos de esta ayuda celestial, porque injustamente y sin el motivo más leve habían robado á los mexicanos sus tesoros cuantiosos, reunidos durante siglos; profanado sus templos, que miraban con la mayor veneración; aprisionado á sus reyes, que adoraban como á dioses; raptado y prostituído á sus mujeres más bellas; asesinado á incontables de ellos, sólo para infundir terror, y oprimido más y más duramente á las poblaciones todas; pero semejante juicio no será hecho de seguro por quienes ciegamente crean que la divinidad no se equivoca nunca, y que sus altos designios son inescrutables para los míseros hombres.

Después de la Conquista, Ntra. Sra. de los Remedios se apareció varias veces. hacia 1540, á un indio noble llamado, en su gentilidad, Quauhtli² y, al ser bautizado, don Juan de Tovar, natural del pueblo de San Juan Teocalhuican, sito al Poniente y á corta distancia del *cu* Otoncapulco.³ La Virgen quería que su pequeña imagen, perdida ó enterrada de propósito por Rodríguez de Villafuerte en aquel *cu*, la misma Noche Triste, y que se conservaba intacta aún milagrosamente, tuviera allí una ermita propia, donde pudiera recibir el culto que merecía como reina del cielo y especial protectora de los conquistadores de México, que sin ella habrían perecido indefectiblemente casi al comenzar su obra. Pero la Virgen no se dignó hablar al indio don Juan; por lo que éste no pudo adivinar sus propósitos. La Virgen tampoco caía en cuenta de que el indio don Juan era de una simplicidad extraordinaria. Así transcurrieron muchos días hasta que el indio don Juan, andando de caza, encontró casualmente á la imagen debajo de un gran maguey, crecido en la cima del repetido *cu*. Saludóla con las mejores palabras de comedimientos y de amores que podía decir, é inmediatamente la llevó á su choza con reverencia suma; la colocó so-

¹ L. de Cisneros. Historia citada. Fols. 7 vto., 8 fte. y vto. y 31 fte. y vto.

² Águila.

³ L. de Cisneros. Historia citada. Fols. 31 fte. y vto.—F. de Florencia. La Milagrosa invención citada. Fol. 2 fte.

bre una arca, lo menos malo de sus pobres muebles, y le destinó el lugar más decente de su miserable hogar. Empero, nada de todo esto satisfizo á la Virgen, que prefirió regresar á su olvidado *cu*, y abandonó luego al indio don Juan. Lleno éste de loca desesperación, la buscó afanosamente por montes, llanuras y poblados hasta que logró hallarla en su primitivo puesto. Con tiernísimas palabras respetuosas le manifestó su resentimiento, porque lo había dejado, y nuevamente la trajo á su casa; su gran inocencia le hizo atribuir la escapatoria de la Virgen á falta de alimento y precaución, y por esto le puso qué comiese y qué bebiese y la encerró dentro de una caja; el bienaventurado indio ignoraba que los seres divinos no comen ni beben, y que nada terreno resiste á su omnipotencia. La Virgen, pues, volvió á escaparse día á día, y el indio don Juan, que la amaba entrañablemente y no podía resignarse á perderla, día á día iba también al *cu* á recuperarla. No de otra suerte transcurrieron doce años. Viendo al cabo de ellos el indio don Juan que ninguna cosa adelantaba con su perseverancia, sus ruegos, buenos tratos, ofrendas y precauciones, y cansado ya de las muchas personas que de continuo concurrían á su reducida choza para visitar á la Virgen, arregló con don Alvaro Tremiño, primer Maestrescuela de la Catedral de México, que Ntra. Sra. de los Remedios fuese trasladada á una ermita del propio pueblo de San Juan Teocalhuican, de donde «todavía se solía ir» al *cu* antedicho. Enfrióse tanto con esto en su fervor por la Virgen el indio don Juan, que poco después, al enfermarse de gravedad, no quiso implorarla, y optó por acudir á Ntra. Sra. de Guadalupe, que lo recibió sonriente, le devolvió al punto la salud, le dijo con dulzura que no debía haber olvidado á Ntra. Sra. de los Remedios y le descubrió sin reservas que esta Virgen deseaba tener una ermita en el *cu* Otoncapulco. El indio don Juan, que sin duda tenía alma de santo, depuso al instante su justificado resentimiento, y edificó violentamente la ermita, al Poniente del *cu*, como á cien pies de distancia, con paredes de piedra y barro y techo pajizo, que pronto se arruinaron; pero años después, la ermita fué reconstruída y ensanchada de una manera perdurable por la Nobilísima Ciudad de México, á instancias de su Regidor y Obrero Mayor don García de Albornoz, que cuidó de que se levantara la capilla principal sobre el mismo punto donde la Virgen había permanecido enterrada pacientemente durante el largo espacio de cinco lustros. Allí continúa aún la Conquistadora heroica. ¹

¹ L. de Cisneros. Historia citada, fols. 31 á 33, 35 y 38 á 40.



IMAGEN ORIGINAL DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE, QUE SE VENERA EN SU BASILICA, EN LA CIUDAD DE GUADALUPE HIDALGO, D. F. SEGUN FOTOGRAFIA DIRECTA TOMADA RECIENTEMENTE.

Ntra. Sra. de Guadalupe era enteramente mexicana; «sagrada criolla» la nombra su historiador insigne, el Bachiller Miguel Sánchez, á quien tocó la gloria de descubrir el celestial origen de su imagen.¹

No tiene á su hijo en los brazos; une piadosamente las manos sobre el pecho; su cabellera lisa queda oculta bajo un manto que le cubre la cabeza, inclinada hacia abajo y hacia un lado en señal de mansedumbre; su rostro es de color moreno, graciosamente ovalado, y sus ojos son grandes, poco abiertos y de mirada reconcentrada y triste, que mueve á místico amor; su nariz perfectamente delineada; su boca fina y de gesto bondadoso; tiene corona formada de rayos sencillos, y viste túnica y manto modestos, cuyas faldas se recogen mucho para cubrir los pies:² revela en todo su ser un recogimiento y una humildad infinitas.

No se apareció en actitud guerrera para matar ni para herir á nadie, sino en santa paz, con el objeto único de consolar y de alentar á los infelices indios, poco después de la Conquista, cuando parecían condenados á perecer totalmente por el inhumano trato de los españoles, que sólo veían en ellos á bestias abominables; el benemérito Fray Julián Garcés no alcanzaba aún de Su Santidad Paulo III que los declarase seres de razón. La Virgen entonces, hondamente apiadada de aquellos desdichados, que no tenían culpa, los adoptó por hijos con la más sublime ternura, y para tenerlos muy cerca de sí y consagrarse á ellos enteramente, dejó, á principios de diciembre de 1531, al hijo de sus entrañas, que ya no necesitaba del maternal regazo, y vino á posarse blandamente, acompañada de inofensivos ángeles, en la cima de un «cerro tosco, pedregoso é inculto» del solitario Tepeyácac, sobrenaturalmente bella sin majestad imponente, circuída de un nimbo de rayos de luz que no deslumbraban, prodigiosa sin atemorizar, destacándose con modestia suma sobre el azul purísimo de un horizonte inmenso y tranquilo. Se anunció, no por el estrépito de una matanza horrenda, sino por músicas y coros más dulces que los conciertos de los gorriones, clarines, calandrias, centzontles y ruiseñores, y para comunicarse con sus hijos adoptivos, esperó paciente á que pasara por allí,

¹ Imagen de la Virgen Maria Madre de Dios de Guadalupe, Milagrosamente Aparecida en la Ciudad de México. México. 1648 Fol. pr. 11 fte.

² Hemos tenido á la vista la imagen original, existente en Tepeyácac, y varias copias hechas antes de que la profanase un famoso sacerdote, haciendo que un pintor mexicano borrara irreverentemente la corona que tenía. Véase la reproducción que publicamos de esta imagen, según reciente fotografía directa.

no un caballero ni un noble, sino el *macehual*¹ Juan Diego, uno de tantos plebeyos indígenas de limpio corazón, recién convertidos á la religión católica. Pasa éste al fin, y luego lo llama «por su propio nombre» y le manifiesta claramente sus deseos, porque no pretende que los adivine ni tampoco rehusa dejarle oír su divina voz; además, le da el título de hijo: «Sabe, hijo, le dice, que yo soy María, Virgen Madre de Dios verdadero (todavía los indios adoraban divinidades falsas), quiero que se me funde aquí una casa y ermita, Templo en que mostrarme piadosa Madre contigo, con los tuyos, con mis devotos, con los que me buscaren para el remedio de sus necesidades.» A nadie exceptaba, ni á los verdugos de sus nuevos hijos: quienesquiera que la buscasen, alcanzarían remedio para sus males. Y la Emperatriz soberana de todos los mundos no mandaba al despreciado *macehual* Juan Diego, sino que le decía con infinita mesura: «te pido, encargo y ruego.» Y si este indio rehusaba verla, como sucedió cierta vez que, por tener que ir violentamente á Santiago Tlaltelolco en busca de confesor para su tío agonizante, no acudió á una cita que le había dado la Virgen, la Virgen, lejos de ofenderse, bajaba solfícita con sus delicados pies de aquel áspero cerro para alcanzar á Juan Diego y consolarlo maternalmente, asegurándole que su tío estaba ya sano y salvo. Dos veces Juan Diego había hablado de la Virgen al Ilustrísimo señor don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México; pero como este prelado dudara de que la Madre de Dios se apareciese á un miserable indígena, recién aliviado «de la carga y peso de los Demonios de la idolatría,» y prudentemente pidiera, para creerlo, alguna prenda ó seña de tan extraordinario prodigio, la Virgen, en aquella misma ocasión que bajó á alcanzar á Juan Diego, hizo brotar en pleno invierno, de los peñascos y pedernales de su árido cerro, como de fecundas tierras de un vergel exuberante en tiempos de primavera, fragantes rosas, azucenas, claveles, violetas, romeros, jazmines, retamas y lirios, flores todas de esplendente hermosura, que dió por prenda á Juan Diego, quien, embelesado, las puso en su *tilmatlí*, ó pobre manta mal hilada, y las trajo al Ilustrísimo señor Zumárraga; al entregárselas, descubrió, para mayor portento, la fiel imagen de la Virgen, milagrosamente impresa en su manta con las inimitables tintas de aquellas flores. El prelado no pudo dudar más ante ambas señales divinas, y edificó la ermita que quería la Virgen, y puso en ella su maravillosa imagen.²

¹ Maceualli.

² M. Sánchez. Imagen de la Virgen María, citada. Fols. 19, 20, 22, 23, 26, 27 y 30.

La Virgen no volvió á aparecerse á Juan Diego; tampoco lo necesitaba ya; su imagen era ella misma y quedaba aquí por los siglos de los siglos para consuelo y amparo de él y de todos los suyos, los antes desvalidos mexicanos, y de cuantos otros quisieran implorarla. Y allí permanece, apacible, humilde y triste, haciendo propias las penas de todos.

Indicado estaba que los españoles, que eran los dominadores, los señores fuertes y orgullosos, adoptaran como patrona á Ntra. Sra. de los Remedios, de carácter altivo y acciones temibles; y que los indios, que eran los dominados, los siervos débiles y sumisos, eligieran de soberana única á Ntra. Sra. de Guadalupe, de índole mansa y dulces hechos: no podían amar á las otras divinidades, porque se habían mostrado invariablemente duras y crueles con ellos, y, á causa de esto, sólo á la ermita guadalupana acudieron, aunque desde temprano hubo en todas partes numerosas iglesias.¹

Fatalmente tuvo que surgir, pues, un abierto antagonismo entre ambas Vírgenes, que amparaban tan opuestos intereses, y al fin se vieron una y otra frente á frente, como dos entidades perfectamente distintas, cuando estalló la guerra de Independencia: Ntra. Sra. de los Remedios fué la Capitana Generala de los realistas, ó sea la sostenedora omnímoda del antiguo régimen de opresión y despotismo; Ntra. Sra. de Guadalupe fué sencillamente la compañera de los insurgentes, su estandarte sagrado, su emblema de libertad, el símbolo de la nacionalidad mexicana que nacía. Sucedió entonces que mientras los mexicanos supieron respetar siempre á Ntra. Sra. de los Remedios, no obstante que no podían haber olvidado los tremendos males que les causó durante la conquista, los españoles, que ningún daño habían recibido de Ntra. Sra. de Guadalupe, hiciéronla blanco de sus odios y aún llegaron hasta fusilarla varias veces,² á ella, la Virgen inofensiva y tierna, la que había dejado su mansión celestial, no para matar ni para herir á nadie, sino para remediar las necesidades de cuantos la buscasen, indios ó españoles, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres.

¹ Fray Bernardino de Sahagún. Historia General de las Cosas de Nueva España. México. 1829-1830. (Escrita en el Siglo XVI.) Tomo III, pág. 322.

² Ilustrador Americano del sábado 12 de diciembre de 1812. Pág. 117.— Carlos María de Bustamante. Disertación Guadalupana. En Relación de la Conquista de esta Nueva España, por Fray Bernardino de Sahagún. (Publicada por el mismo Bustamante con el arbitrario título de La Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de México.) México, 1840. Pág. X.

Por todo lo cual era muy raro que Leona, mexicana de nacimiento y de pleno corazón, resultara igualmente devota de dos Vírgenes tan distintas. Quizá no ignoraba, en su vasta ilustración, que San Bernardo había dicho que la Madre de Dios, bajo todas sus advocaciones, «abre á todos el seno de su misericordia (*omnibus misericordiae sinum aperit*) para que todos tomen de su plenitud: el cautivo, redención; el enfermo, salud; el triste, consuelo; el pecador, perdón; el justo, gracia.»¹ Leona tal vez sabía también que no contradecían esto las encontradas historias de Ntra. Sra. de los Remedios y de Ntra. Sra. de Guadalupe, porque ambas sólo descansaban en la deleznable tradición, que con sus millones de bocas disímiles da como cierto lo falso y adultera la verdad; Fray Luis de Cisneros confiesa ingenuamente que, á pesar de sus muchas diligencias, no pudo «hazer bastante prueba de manera que quede asentado con fixeza el principio y origen de esta Santa Imagen (de los Remedios), aunque lo he inquerido de los annales, y cosas que ay escritas de conquistas, y historias de esta tierra, de los archivos de la Ciudad, y rebuéltolos todos, (y) de los indios antiguos de aquel contorno donde está;»² el Br. Miguel Sánchez declara á su vez con franqueza: «Determinado, Gustoso y Diligente busqué Papeles y Escritos tocantes á la Santa Imagen (de Guadalupe) y su milagro; no los hallé, aunque recorrí los archivos donde podían guardarse.»³ Y si bien el angélico Santo Tomás había declarado con su palabra sapientísima que la verdad no está ligada á una misma manera de prueba,⁴ de aquí no se infería que las pruebas fuesen innecesarias, sino sólo distintas, y, por tanto, nada obligaba á creer en las historias de Ntra. Sra. de los Remedios y de Guadalupe sin ninguna clase de prueba; por lo contrario, era lícito dudar de ellas, precisamente porque no estaban probadas de ningún modo. Consiguientemente, caía por falta de base aquel supuesto antagonismo que separaba de manera radical á las dos Vírgenes, y Leona podía mirar en ambas á la misma Madre de Dios, inalterablemente bondadosa para todos.

Así nos explicamos que Leona, de igual manera que mandaba decir misas frente á los altares de Ntra. Sra. de Guadalupe,⁵ hacía

¹ *Aurifodina Universalis Scientiarum divinarum atque humanarum ex fontis aureis Santorum Patrum Parisiis, 1888.* Tomo III, pág. 33.

² Historia citada. Fols. 23 vto. y 24 fte.

³ Imagen de la Virgen María, citada. Fol. pr. 11 vto.

⁴ En Fray L. de Cisneros. Obra citada. Fol. 25 vto.

⁵ A. P. Fernández de San Salvador. Cuenta citada.

considerables donativos á Ntra. Sra. de los Remedios.¹ No obstante, consta que la pintura de mayor valor que tenía en su casa, representaba á la imagen guadalupana.²

¹ *Ibidem.*

² A. P. Fernández de San Salvador. Escrito sin fecha, pero posterior al 16 de octubre de 1816. En causa citada, instruída contra Leona Vicario.